

1. LA LIBERTAD DE DECIR “NO”

El salmista, hombre o mujer, peregrino a Jerusalén y, sobre todo, peregrino de la vida, canta la sabiduría profunda que ha adquirido en el camino. Con muy pocas palabras, apenas treinta en el original hebreo -¿acaso hacen falta muchas palabras para decir lo esencial?-, comunica una experiencia nueva de Dios y de la vida humana. Después del bullicio de la fiesta, le sale la verdad del corazón, en la calma.

El salmo, el más hermoso de la Biblia a juicio de muchos, es una auténtica perla preciosa, un oasis de paz, una bocanada del aire fresco del Espíritu. “Es una perla en el Salterio, un brevísimo poema, que con unas sencillas palabras expresa lo que hay de más alto, lo que sobrepasa toda inteligencia, y dice más que muchas palabras: la paz del alma en Dios” (Kittel).

¿Dónde está la belleza de este poema? ¿No bastará con abrir los ojos y mirar, con abrir el corazón y saborear? El orante sabe de qué va la vida. Ha estado metido en ese mundo tan tentador de los deseos insaciables, de la ambición, de la grandeza, de la pretensión de estar siempre unos peldaños por encima de los demás; ha buscado en todo ello el sentido de la vida. Pero ha visto claro lo relativo y lo falso que es un planteamiento de vida así, porque no da vida ni paz al corazón.

Y con una fortaleza y libertad impresionantes dice “no”. Se lo dice al Señor en oración. Con una alegría desbordante dice “no”. “No” a la manía de querer ser grandes, “no” a la manía de acaparar, “no” a la manía de pretender el sentido de la vida siendo más que los demás. Todo eso conduce al fracaso, no tiene salida. Este “no” destaca con intensidad en la primera parte del salmo.

No es un “no” de rabia, es un “no” que le brota de una fuente de paz que ha descubierto en el corazón, donde todo se le ha quietado, quedando inundado de serenidad. Es un “no” dicho con humor, por quien, en un momento, se ve más allá de los honores y privilegios, y pronuncia su palabra sin amargura, sin envidia.

Ya no apetece ser ni estar en el centro de todo, lo que tantas veces ha llevado a la discordia y dispersión de la familia humana; se contenta con estar en su sitio, en su pequeñez, en su interioridad más íntima, o sea, en Dios. Del encuentro consigo mismo, sale el orante unificado, realista, dispuesto a las tareas de cada día, a las simples fidelidades de cada día.

¿Cómo llamar a esto? ¿Infancia espiritual? ¿“Caminito”, según expresión de santa Teresita? ¿Canción de la persona adulta? ¿Ignorancia del rumor de la vida o portavoz de unas gotas de sabiduría, tan cercanas y, a la vez, sorprendentemente, tan difíciles de encontrar?

Lo llamemos como lo llamemos, atraído por lo humilde, este salmista, hombre o mujer, prepara el camino de Jesús, “el manso y humilde de corazón” (Mt 11,29), vislumbra el camino de María, la mujer que dejó que Dios mirara su pequeñez (cf Lc 1,48). Sus palabras son un regalo para nuestro mundo tan violento, tan lleno de ruido, tan borracho de velocidad acelerada. Paz, calma, silencio, vivido todo ello en un sano realismo, donde lo pequeño y los pequeños tienen valor.

Ante unos ojos, que no son altivos ni altaneros, nadie se siente despreciado ni humillado. Como su corazón no está mordido por la inquietud ni el remordimiento, puede acoger, valorar, comprender, amar. Como no desea nada que lo supere, ni va tras lo que solo es fachada y pura apariencia, puede valorar y compartir las pequeñas cosas de la vida. La experiencia de este orante es un preciso programa de humanización, anticipo del sorprendente sermón del monte que pronunciará Jesús (cf Mt 5).

2. EL ICONO DE LA MADRE Y EL NIÑO

¿Cómo logra el salmista, hombre o mujer, acallar y moderar el complicado mundo de los deseos? ¿De dónde saca la fuerza para decir “no” con tanta rotundidad a cosas tras las que tantos caminan? La respuesta es muy sencilla: la clave de su vida es Dios; se siente acompañado por Dios; se fía de Dios; el amor de Dios le da con creces el sentido de su vida. La experiencia del orante es la de un corazón que conoce el corazón de Dios: “Como uno a quien su madre consuela, así os consolaré yo” (Is 66,13). El encuentro con Dios ha sido una experiencia realmente increíble, que le ha calmado por dentro y por fuera y que le ha hecho feliz.

Esta experiencia la cuenta con una comparación bellísima. El salmista, purificado por la experiencia de Dios, es capaz de percibir su abrazo en las cosas más comunes y frágiles. Así, se siente como un niño que acaba de mamar y descansa satisfecho sobre el hombro de su madre para expulsar el aire.

Conviene contemplar, en medio del asombro más grande, este icono de la madre y el niño, por muy familiar, cotidiano, y universal que sea. Acercarse despacio a esta imagen universal, que se da bajo cualquier cielo, en todas las razas, entre ricos y pobres, es una gran ayuda para orar este salmo. Los profetas lo han hecho:

“Cuando Israel era niño, yo lo amé... Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer” (Os 11,1.4). Lo ha hecho, sobre todo, la Iglesia, que siempre ha querido mirar el icono de María con Jesús en la Navidad.

Hacerse como niños en los brazos de la madre es una vuelta al seno materno, a un lugar cálido, vital, nutricional. Chouraqi, anterior alcalde de Jerusalén y gran conocedor de los salmos, repite gustoso que, para Israel, Dios es como una inmensa matriz que da origen a toda forma de vida.

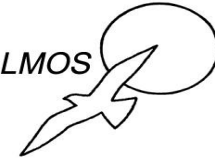
Saber fiarse de Dios, eso es todo. Pero el abandono confiado no tiene que ver nada con la comodidad, con la pereza, con cruzarse de brazos. El camino de la confianza y de la sencillez llevan a una esperanza tan grande como la de volver cada mañana a inventar el mundo. “Sino que acallo y modero mis deseos”: esta frase expresa la tarea diaria, el esfuerzo, el compromiso por vivir la vida como respuesta a una ternura entrañable; la lucha por mantenerse en una vida de serenidad, lejos de los vaivenes de las ambiciones y los afanes. El niño, de que habla el original hebreo, no es precisamente un recién nacido, sino más bien un niño que ya ha sido destetado. Está vinculado a la madre por una relación más consciente, personal e íntima, pero no menos cercana.

Esta experiencia del salmista es la que vive Jesús en plenitud. ¡Qué abismo de ternura y de amor oculta la palabra, tantas veces susurrada en sus labios y en su corazón de Abbá! La experiencia de saberse tan amado le hizo caminar libre en medio de las tentaciones de poder, de dominio, de grandeza; le llevó a arriesgar en el anonadamiento, le dio fuerzas para colocarse en medio de la humanidad, como quien sirve, acoge, y da vida.

3. EL CORAZÓN ENSANCHADO

Lo que el salmista o la salmista vivió y experimentó a lo largo de los años de su vida es una cosa tan bella que desea que todos, un día, puedan llegar a participar de la misma experiencia. Sabedor del misterio de la vida, del riesgo y de las posibilidades que entraña la vida, le brota de las entrañas un grito anunciador: quiere que todos escojan la vida. Es lo que se expresa en el tercer versículo. De la experiencia de saberse amado en el hogar de Dios sale a la vida decidido a compartir su gozo, a regalar a los demás las energías creadoras que le han brotado por dentro. La profesión de confianza del orante se extiende a toda la comunidad. Israel, y toda la humanidad, pueden esperar, confiada y filialmente, en el Padre, ahora y por siempre. Merece la pena fiarse de Dios, Padre y Madre.

ORAR CON LOS SALMOS



Salmo 130: Caminos de sencillez y confianza

Este salmo ha ejercido una fascinación especial en todos aquellos que han sentido en su vida la bondad y la ternura de Dios. Muchos hombres y mujeres han bebido en esta fuente aguas de paz y de servicio a la humanidad. Basten algunos testimonios:

- “Lo que agrada a Dios en mi pequeña alma es la confianza ciega que tengo en su misericordia” (Santa Teresita).
- “He dejado hacer al Señor. Dios ha pensado en todo para mí” (Juan XXIII).
- “Aquello estaba en manos de uno que me amaba más de lo que yo mismo me pudiese amar: y mi corazón estaba lleno de paz” (Thomas Merton).
- “Me gusta el que se abandona en mis brazos como el bebé que se ríe y que no se ocupa de nada” (Péguy).
- “Yo tuve una experiencia muy fuerte del Señor. Y eso me cambió radicalmente. Desde entonces, con todas mis dificultades y mis contradicciones, el Señor está en el centro de mi existencia, absolutamente. En Él voy, Él me lleva, y tengo una confianza absoluta en el Señor. No me preocupa absolutamente nada de lo que me pueda pasar, porque Él está conmigo. Y ésa es la clave de mi historia” (Alfonso del Corral).

- 1 Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
- 2 sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
- 3 Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.